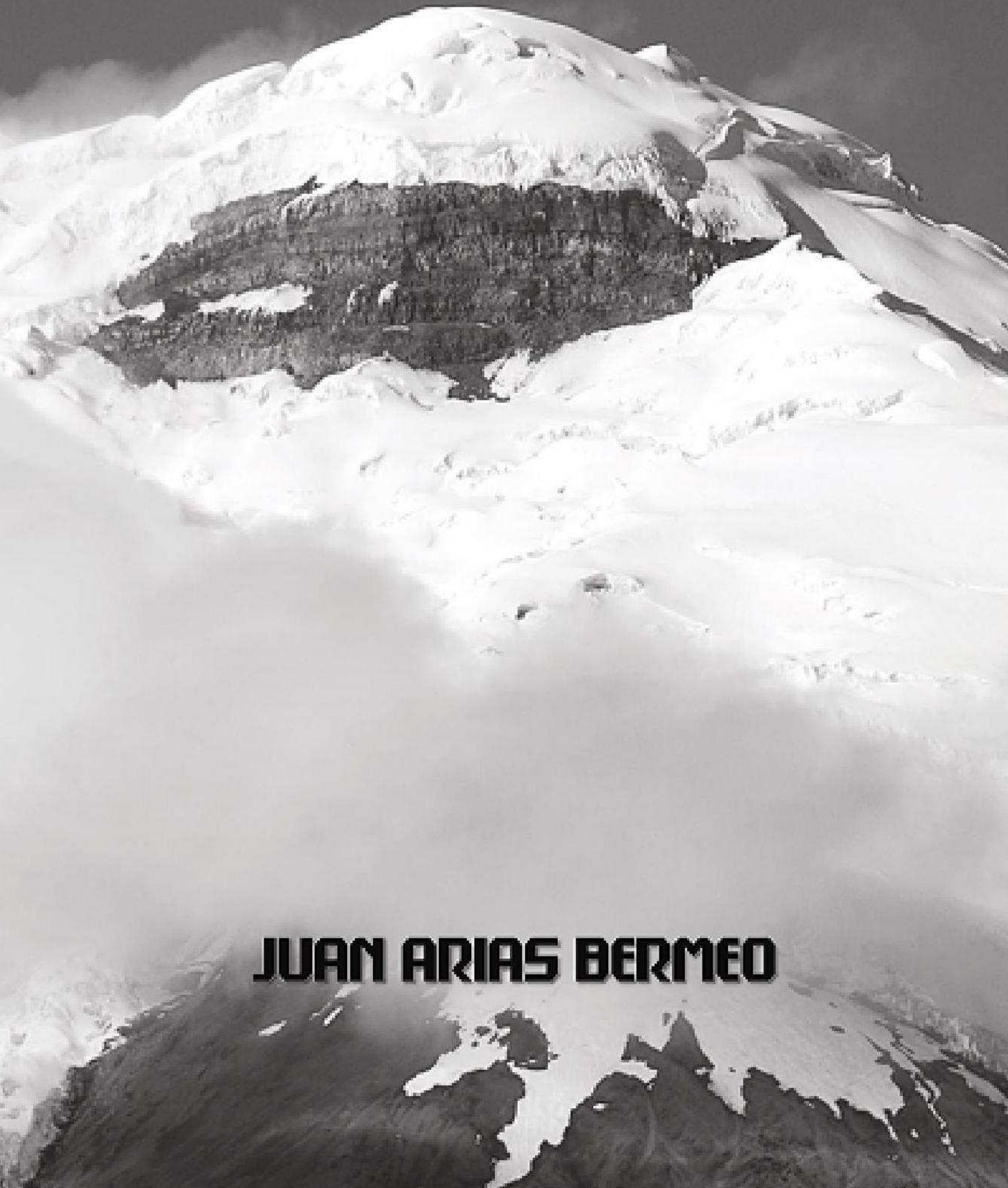
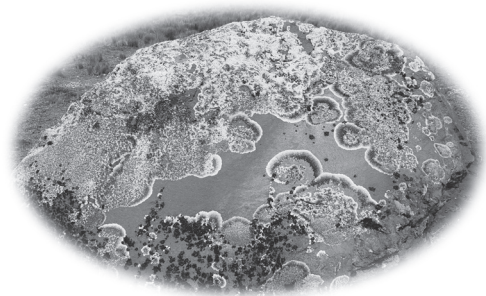


# **LAS RUINAS DE GALADRIEL**



**JUAN ARIAS BERMEO**

*Las ruinas de Galadriel*  
Juan Arias Bermeo



## *Las ruinas de Galadriel*

Juan Arias Bermeo

[www.lovochancho.com](http://www.lovochancho.com)

[www.kantoborgy.com](http://www.kantoborgy.com)

[ariasbermeo.juan@gmail.com](mailto:ariasbermeo.juan@gmail.com)

Editorial Rampi

Telf.: 095 368 367

Primera Edición: Junio de 2009

Prohibida la reproducción parcial o total  
de esta obra sin el permiso por escrito del autor.

Autor: Juan Arias Bermeo

© Fotos: Juan Arias Bermeo

Diseño y Diagramación:

Margarita Silva Telf.: 3227-372

Impresión: Artes Gráficas SILVA 2551-236

ISBN-978-9978-9988-0-9

Impreso en Ecuador

---

## LIBROS DEL AUTOR

Remoto

El virus del sentimentalismo

Las ruinas de Galadriel

Retorno al Corazón

La edad del lobo estepario

De montañas, hombres y canes

---

*“...sólo existe un ahora que incluye memorias y expectativas. Yo diría que todas las mentes son una sola. No existe, en realidad, el antes y el después para la mente. Me atrevo a considerarla indestructible, ya que tiene una peculiar tabla de tiempos, esto es, para la mente es siempre ahora”.*

ERWIN SCHRÖDINGER

## *Las ruinas de Galadriel*

Kantoborgy, supremo escalador de lo posible, “porque lo imposible ha sido desacralizado por los ascensionistas de rebaño”, llega al sùmmum de la autosuficiencia: se muda a la *doble y ùnica piel* para ejercer la irreductibilidad de un hombre libre de imaginar su presente.



Mira a Lovochancho desaparecer con el sol de media tarde mestirándose en el valle refulgente como un océano verdín. Arriba, en las estribaciones medias y altas del volcán, se ha posado una nube traslúcida propicia para su recogimiento en ella. Lovochancho fungió de chofer a voluntad, no se separó un milímetro de los pedales de su todoterreno, obviando despedirse de él con los pies en tierra, y menos mostró ganas de andar un tramo ascendente dentro de la nube, y deleitarse con los primeros cuadros de las fantasías musgosas que medran en los contornos de las ruinas de Galadriel.

Lovochancho hizo lo ineluctable entre montañeses montañeros en pos de soledad. “Que te aproveche la velación de las armas, amigo Kantoborgy... No me bajo porque me daría ganas de irme de vivaque otra vez”, le dijo con esa mueca de entendimiento hacia el propósito del otro, sabedor de esa intrínseca necesidad de recogimiento de los góticos. Y él, Kantoborgy, también se dio por enterado de que Lovochancho ya le cogió gusto a salir solo en pos de su propio reto hacia arriba, “de media montaña a tres cuartos de montaña”. Fue jocoso verle amparándose en su relajamiento, con aires de inveterado montañés montañero que ya cumplió su cometido y se halla tomándose obligado reposo, después de haber realizado una hazaña ascensionista, a su medida, en el monte Corazón, su mentado retorno al Corazón.

No tiene qué objetarle a la montaña que hace Lovochancho, cada uno busca hacer su Vertiente Rupal acorde a su propuesta de evolución biológica, el estilo es el hombre a pata limpia... Agradeció no tener que extenderle un gesto de hasta aquí llegaron tus buenos oficios mi buen geómetra, pues no hubiese tolerado

arruine desde el empiezo la intimidad que vino a buscar con el espíritu de la bella ausente, hay comuniones que exigen soledad divina. Lovochancho ya es un iniciado de estos trotes, dos noches desocupado de sus especulaciones matemáticas en su mansión de Guangopolo, dos noches trepado en la cresta del Corazón, le dejaron limpia su aura, siendo él mismo el director y ejecutor de su ritual. He ahí el secreto de la religiosidad: uno mismo cargando el templo, el sacerdote y el feligrés. Por eso se retiró en paz a su cueva al pie de la extinta caldera del regordete Ilaló, donde a media mañana, y a tres cuartos de tarde, y cabalgando a la medianoche, se embute de sus creaciones coquinarias que no tienen qué envidiarle a la producción gastronómica que le imputan al sibarita *Bollón Roscón*, equiparándose a la real mesa de Olegario Castro y al menú -largo y estrecho o ancho y espeso- del café Madrilón, y quién sabe a las maravillas que inventa en las fauces de la Amazonía el señor Pompilio Dela Cruz. Aunque el ilustre matemático jura que todos esos manjares, por gracia de su mente adolescente, quedan informes al lado de los platillos de banca, tiza y pizarrón, de la secundaria, esos que degustó bajo el influjo del salón Guatería Manaba.

Fue una gentileza el menor esfuerzo que hizo Lovochancho, éste no tenía intención alguna de estropear su ingreso al territorio mágico de la ausente, apenas le correspondía el favor que mutuamente se hacen al botarse y/o recogerse al pie de una montaña. Hace tres días le tocó ir al encuentro del hombre pletórico de energía tras su campamento en la cumbre del Corazón; éste bajaba envuelto en los sonidos del animal que ríe, y los canes Pincho y Panda primerito olfatearon su alegría porque se adelantaron a galope hacia su encuentro para propinarle sendos lengüetazos. “Una vivencia así hay que rumiarla en proporción a su intemporalidad, o sea: media vida...”, aulló un Lovochancho eufórico tras recibir líquido hidratante y un emparedado de queso con jalea de durazno.

Soledad bípeda y recogimiento son requisitos categóricos para su propósito de velar las armas que usará en la próxima empresa escaladora sobre la cara del miedo; ésta exige a cada uno de sus músculos y nervios, de su unidad de carbono, dedicación a la presa inmediata, siendo el futuro de su empresa lo que marca el movimiento siguiente en la pared. Se congratula por el avance vital de Lovochancho, ya no requiere que nadie arree su integridad hacia el arriba de una montaña, venciendo esa laxitud a la que le incita el mundo ideal de los símbolos, donde tiene un refugio perfecto para huir de la miseria corpórea. Una vez que éste enfrentó lo que había estado retardando años, por falta de confianza en sus posibilidades de atender sus límites, -¡nada más que sus límites!-, en lo salvaje aéreo, ya no se anula a sí mismo queriendo emular las acciones de otras “glorias” en el deporte filosófico que practican los góticos. Su rabia y envidia, por no poder imitar lo que otro hace (en los grados máximos de dificultad vertical) prendido a la roca y el hielo de altitud, se esfumó asimilando que sus limitaciones forman su personalidad.

Ése era el secreto de ascender que se le reveló afuera, *en la tierra juvenil de los ojos atléticos...*, habiéndose decidido a ir por ese arcano a paso de Lovochancho, después de tanto buscarlo replegándose en su mansión de lo bello inmutable pero gélido. No halló otra cosa que por sí mismo levantar su cumbre, la de Lovochancho; porque la de Kantoborgy es la mía, y la de Olegario Castro es la del hombre de El Panecillo. Que mi maestro mental fue Olegario, no quepa duda; pero nunca hemos hecho físicamente, encordados, ni una cúspide que se diga de dos en conjunción de equipo... Lovochancho buscará su agujero floral de Guangopolo para rumiar funámbulo, en calzoncillos, el gusto de haber exorcizado sus demonios en la testa del Corazón. Cada cual es dueño de crear el azul de sus ojos, los aromas y texturas de su aventura, y deglutir la gracia de estar activos allende las momias que circulan en los días raudos entre semáforo y

redondel. Lovochancho se ha ganado para sí el respeto del otro, el caminante; sin ser un perseguidor de la cima en tropel se ha eximido de acudir a los puntos de encuentro de las expediciones mediáticas, para la foto del disfraz de héroe y su banderola en la zona de la muerte. Sí, conforme a su ambición, éste logró vencer el resquemor que le carcomía por no ayudarse y servirse asimismo en su montaña ecuatorial.

Cálida nube vestida de blanco, despejada de líquidos, atenta al tornasol que dona la tarde, se ha posado en el ancho lecho rocoso de una quebrada flanqueada por murallas grises. Aquí ya dejó atrás el furioso golpeteo de los batanes y el crepitar de fantoches bajo el signo de los engranajes; esta vertiente cortada a pique por el magmático desfogue del volcán, marca el ingreso formal al mundo perdido de Galadriel. Así es como percibe que se va dando el ambiente para aislarse en las fragancias de la ausente, cuando de repente se ha desprendido del corriente verdín que brillaba en el valle, y se ha olvidado de la tensión que lo acometió, durante las horas de la mañana y las horas postmeridiano, antes de ascender vespertinamente a por las ruinas.

No puede ser de otra manera su entrada a los predios de la divina, es una puerta que se abre cuando solo él se ve inmerso en las nubes cálidas. Su arribo tiene que ser invisible aunque fogoso, mudándose de la visión cristalina del valle al interior de la nube solar; una tarde límpida de arriba hacia abajo sería un desastre para su empresa, incorporaría estos parajes al conjunto del paisaje andino y sus lejanías, haciendo imposible el hallazgo espontáneo del portal. Un horizonte despejado lo devolvería a la época de la oscuridad de los ojos, robándole su intimidad con las ruinas del castillo que ella abandonó ante el arranque de celos que sufrió el Cíclope. Atendiendo la saga que desembuchó Olegario Castro en las ondas largas de Marañón, el volcán Cotopaxi, desde su última erupción, no ceja en su

expiación, derramando lágrimas por su irremediable arrebató de amor y de ahí su incontenible desglaciación. Acorde con la misma leyenda, el Cíclope, indefectiblemente, cuando el azul del cielo andino resplandece, revive el dolor de ese amor perenne: su gran ojo, ennegrecido por el llanto, echa a ver los vestigios de su ira pirofórica.

Como se dice en la jerga de los individuos escogidos para hacer magia hacia arriba (esos rinocerontes psicológicos y filósofos de la zona de la muerte), él está a punto de pared virgen ochomil. Tiene los genes de los nacidos en “*la tierra juvenil de los ojos atléticos...*”, ha cursado en la rigurosa escuela de un mago de la roca y el hielo, combinando su magnetismo hacia las nubes con la gimnasia horizontal, que le recomendó su maestro, en los túneles de bosque primario andino. Como discípulo del vate de los ojos atléticos, él es un hombre criado en los brazos de los dioses; y, su abrazo, ¡desnudo!, con la Parca, en los desniveles que aún permanecen intocados de la cara sur del Annapurna, sólo puede darle poesía a su retorno... Nada más le pido a la naturaleza salvaje.

Desde que regresó de su impensada aclimatación en la cota de los siete a ochomil metros de altura, sobre el *Niño Turquesa*, sin hollar su cima por su aversión a la gratuidad, se afirmó en el asco que le provocan las metas ascensionistas que devienen en un viaje de los sentidos a los estercoleros de altitud. Aunque le trajo gracia esa extenuante caminata en la ruta normal, por lo de los “refuerzos negativos y positivos” que le machacó el eminente deportólogo, M. Puertas, para animarlo a que se vaya de paseo al Cho-Oyu. Esa multitud pateando las laderas del *Niño Turquesa*, lo dejó sin ambición alguna de traerse en la faltriquera un mechón de la cabeza de tan atormentado gigante. El gótico se resiste a “vencer” -entre comillas, a fuerza de que ese verbo no puede contra la Naturaleza- una montaña ochomil al estilo trillado, que

hace décadas dejó de ser romántico (cuando era inmoral que exista más de una expedición chovinista acometiendo una misma ruta en los montes Himalayas produciendo, conforme a los valores imperantes en la Europa posterior a la segunda guerra mundial, los héroes que clamaban las muchedumbres neonacionalistas). Los neorománticos hacen sus hallazgos lejos de los campamentos y las cuadrillas subiendo cerros de futuros desechos, basura que no se recopila en la fotografía de lo sucio que hay tras las impecables crónicas de los intrépidos expedicionarios de lo "imposible" merced a muletillas de diversa índole.

Toneladas de equipo ascensionista, bestias de carga humana que suben lo inabajable, píldoras para instantes de euforia en la altitud, tragaderos dignos del apetito anterior y posterior a la fatiga trepadora de un obispo, cráteres repletos de las herencias biodegradables de los conquistadores de un *Niño Turquesa*... La montaña de Lovochancho, al lado del escatológico menudeo de los trepadores himaláyicos, es pragmática. Sí, Lovochancho, no tenías que irte a ese estercolero denominado gentilmente *¡Al filo de lo imposible!*; para hacer la escuela de tus ojos te basta el monte Corazón...

La pared de Olegario Castro es un testimonio de lo posible, a cuenta de lo integrador, en las cumbres de los altos Andes ecuatorianos. La campaña vertical de Castro no fue empañada por esa intempestiva ascensión que hizo al techo del mundo; éste prácticamente la echó al olvido, por más que sufrió solo en la equipada ruta corriente, finalmente fue una acompañada coronación del Everest: *el fiero bastardo* que, con el avance de "Al filo de lo imposible", toda suerte de principiantes y advenedizos le quieren pintar el rostro salpicado con los cadáveres que pagaron el sobreprecio de la fama. Hace años que Castro le contó la historia de la *conquista de los montes Himalaya*, y esto cambió radicalmente el rumbo que en su primera juventud,

los ilustres consejeros del arribismo andino, pretendieron darle a sus ambiciones ascensionistas, luego de haber sido carne de cordada chovinista a través del club que lo ayudó a pagar su estocada a la vía sur del Aconcagua, alias el Techo más ensuciado de América.

Es menester lanzarse a lo útil, a conquistar los catorce ochomiles, y ser el más joven en haberlo hecho..., le decían los juiciosos manejadores de las metas de hormigón armado, esos descendientes de las momias que rinden culto a la máxima del célebre exprimidor de limones occidental: "Billete en mano, culo en tierra". Providencialmente, para el joven aclamado por vencer a la cara sur del Aconcagua, esa suerte de hollar catorce veces la altitud ochomil, posándose en la cima de cada uno de esos colosos penalizados por prolongarse en la cota donde anidan Las Parcas, después de las gestas de los conspicuos pioneros Messner (filósofo de la altitud) y Kukuczka (rinoceronte psicológico), se fue desacralizando hasta volverse un golpe de escenario de "Al filo de lo imposible".

La catilinaria de Castro retumba:

Uno solo de los retos olímpicos que se puede todavía enfrentar en las paredes del miedo, en las vertientes más salvajes de esos mismos montes asediados para repetir la cantinela de campamentos y la hedionda procesión de bípedos trepadores, vale más que catorce desmitificaciones de la montaña. ¿Quieres ser un insaciable fornicador de la altitud? Adelante, descubre lo evidente obsceno con dos decenas de encapuchados en tu rededor, llora, ensúciate, vomita y recibe hieráticamente el diploma de ochomilero. Luego ponte la careta de héroe y entrérganos tu librito repleto de nítida fotografía para no matarnos del asco y el hastío con la paella de los campamentos 1, 2, 3, 4, 5, 6..., antes del paso denominado asalto a la cumbre. ¡Vamos!, mañana quiero

que me remitas ese texto para estamparle las dos primeras y últimas palabras que se merecería: reluciente porquería.

Desde su inicial visita a los cuartos de radio Marañón (después de un despertador peregrinaje en los espacios rectangulares contando su hazaña juvenil al súmmum de la gran familia de los comunicadores sociales, cuales hicieron malabares intentando racionalizar su lenguaje hacia arriba), supo que su meta vertical era en soledad, ultraligero y consecuentemente de rápida resolución ante la tentación de fugarse a dormir en el seno dulce de Las Parcas.

Así como Olegario Castro tiene sus anónimos mecenas para que las emisiones de radio Marañón sean el medio de expresión de los góticos, él, Kantoborgy, también cuenta con un enmascarado patrocinador de su vértigo, materia que ha caído en lo fascinante desconocido, poniéndole bajo sospecha en la psicología persecutoria del ufólogo Duvolosky.

El Ente Racional (así lo viene denominando como una referencia a su inidentidad, para no confundirle con un ciudadano cualesquiera que llame Salvador, Pedro o José, puesto que no sabe nada de sus señas particulares desde que entraron en un intercambio cognoscitivo anormal), exigió exclusividad en la aventura que promociona íntegramente, proporcionándole una pensión regular, liberándole de toda preocupación en lo concerniente a trabajos pecuniarios. Merced al Ente Racional es un becado de la aventura, eximiéndose de exhibirse con ningún tipo de bandera y/o logotipo de casas comerciales, nada de chompas forradas de letreros para la risa fotogénica de cocodrilo en escenarios montados para la ilusión. Este compromiso que tiene con lo extraño hace que no piense en comerciar los relatos de sus viajes en pos de lo inútil, olvidándose de las pantallas y los micrófonos de los muertos de hambre de primicias, remitiéndoles

a los comunicadores sociales que buscan su “opinión” a que sintonicen el dial del radiodifusor de El Panecillo, que, naturalmente, no es un medio sino un destino.

Aparentemente, el Ente Racional, lo único que le pide a cambio de este experimento fabuloso que encarna, es que utilice prolijamente los objetos de vanguardia que le viene proveyendo para su cometido extremo. Se trata de un material extraordinario. “Tranquilízate, no te hagas nudos sobre su constitución y procedencia... usa lo que te mando a reventar y bríndale tu esfuerzo a lo que puedes llamar milagros de la biociencia...”, le había dicho su patrocinador en tono jocosos. Nada de lo que le remite el otro se encuentra en el mercado común de múltiples productos para sufrir el mundo vertical.

Ya dejó de ser un presentimiento, puede sentir que esos prototipos de la “biociencia” lo están induciendo a un salto biológico irreversible, es decir a una mutación kantoborgyana sin parangón entre los góticos. Así lo ha venido palpando desde que somete esos inventos a la prueba de rigor en vivo, aprovechándoles sobre la marcha de sus ambiciones escaladoras y tras, del casi milagroso retorno de ellas, ha reportado al *Ente Racional* la ventaja que les sacó, en una suerte de resumen verbal -ni un vocablo queda asentado en la modalidad escrita- que viene a ser una parodia ininteligible de su experiencia sensorial in situ. No obstante, sus apreciaciones verbales de lo inexplicable, le han bastado a su proveedor de material para sus aventuras, y éste continua avante subvencionándole aunque no haya intención alguna de plasmar una teoría científica al respecto de su evolución psicobiológica.

El profesor Duvolosky, pena por obtener una pizca de ese equipo de escalar que le ha llegado a su mente a través de lo que puede filtrar del lenguaje de altitud (difícil de captar su esencia para alguien que no ha experimentado la soledad del

montañés montañero, sino únicamente la del montañés callejero y la del montañés playero, ejemplo...); éste pega sus oídos en la radio cuando se remiten los diálogos entre Castro y Kantoborgy, en vivo, a la audiencia lechucera. Duvolosky esta acostumbrado a sospechar del misterio que encierra las emisiones radiales del domo de El Panecillo, es su obligación a partir que la herpetóloga Jitte liberó en el mundo noctívago el fenómeno que responde a las siglas ES, *Espaciales Saponáceos*. El ufólogo quiere y debe investigar “hasta dar con la última verdad tras las apariencias”, éste ya relaciona a radio Marañón con lo extraño y de ahí el salto a vislumbrar inteligencia alienígena es cuestión de inercia. Tiene en la mira al puñado de hombres que pueden ingresar a la hermética mansión de Castro, se desvive por hacerse invitar a ella pero la visa de entrada a las madrugadas de los cuartos de Marañón no le arriba. Castro se ha encaprichado en no invitarle a pasar a su dominio aéreo, como si le divirtiese ese estado de sospecha en el que se mantiene ante las orejas de un Duvolosky negado a ver en el interior de su misterio.

Algún día tendrás que abrirle las puertas de tu nave... Él, Kantoborgy, lamenta no estar en condiciones de colaborar con tan jocoso personaje del subjetivismo extraterrestre, se lo impide una cláusula inviolable de su contrato verbal de mutuos servicios con el anónimo auspiciante de su empresa; es una condición que dicta debe destruir el equipo que se le proporcionó tras cumplir con la específica función para el que fue diseñado, y no puede más que ser leal frente a tan estupendo mecenas, venga de dónde viniere.

Se aparta del lecho del cañón que abriga en su centro un canal de agua cristalina producto del derretimiento de los neveros colgantes y de glaciares del volcán, vertiente que se desborda y se torna lodosa con las tempestades, terminando en una cascada

al desfogar en la planicie; caída de agua que otrora Lovochancho comparó con la fogosa melena chocolate de su Adelaida Matute. Asciende por una rampa de arena gris, plagada de grandes piedras cubiertas por musgos que precariamente las sujeta en el plano inclinado, formando una trampa para el caminante desprevenido que aspire a sujetarse de ellas para ayudarse a subir la cuesta, éstas cederían al vacío apenas se las use de palanca. Advierte las huellas frescas de un lobezno, en adelante hará notar su presencia a los cánidos para que reconozcan al amigo de las ruinas de Galadriel.

Aúlla, humanamente, aúlla.

Conforme se adentra en los vestigios de la divina, mimetizado en la nube que lo familiariza con el ritual inherente a lo de velar sus armas, relaciona que la exclusividad en la naturaleza de estos campos lo aupa. Bastaría un bípedo risible en los contornos para hacer de su despida un fracaso. Velar las armas ante el derruido fasto de Galadriel, en una cota próxima a los cinco mil metros de altitud, exige recogimiento y un mínimo de ayuno; no viene a padecer de inanición, nada que perturbe su nocturna guardia de las murallas es bienvenido, pero sí limitará sus alimentos a frutos que laven su sangre. Esta suerte de apenas comer en la altitud, lo hace propenso a fundir su mente y su cuerpo en el reto de una pared; asume que esta modalidad del mínimo alimento para el máximo esfuerzo, le viene de un genoma que comparte con egregios escaladores como el señor Olegario Castro. De hecho, el Ente Racional (que lo motiva a escalar, taxativamente hablando, como un lagarto, apostando a que lo haga casi desnudo en la zona donde cunde el apetito de Las Parcas), le participó que se ha tomado el trabajo de hacer estudiar su genoma en pro de la biociencia (¿dónde y quién o quiénes lo hicieron?: ¡misterio!), y

dicha investigación concluyó que tal don de forzar sus límites en la naturaleza virgen está escrita en sus genes.

Somos una república en acción coordinada al deber y poder... Entonces ya tenemos el genoma Kantoborgy, emulando al genoma Messner y al genoma Castro... Nos place que la biociencia establezca que nuestro genoma pertenece a la elite de los que han evolucionando a la cabeza de sus ejércitos de diminutos, lejos de los simples retrocediendo en la vanguardia de la estupidación.

El Ente Racional está para que él, Kantoborgy, viaje a las cúpulas de lo insólito, en pos de algo grande: la piel térmica. Y lo que carga ahora en el macuto es, graciosamente, lo que le había dicho, casi enseriándose, la voz del Ente Racional: "El reflejo de un traje térmico, o sea un ropaje que se adaptará al cuerpo-pensamiento del usuario. ¿Complejo, no?... Pero no más complejo que vos mismo, Kantoborgy". Este último modelo de ropa biológica que carga en el macuto para colocárselo sin otras prendas adicionales, ya es de una sola pieza que lo cubrirá entero de los pies a la corona, suave y fino como un diseño de lana de vicuña. ¿Voy a quedar como un fantoche de tiras cómicas? "Más bien te reflejarás en un bípedo avanzado", contestó riendo el otro. ¡Vaya ganas que tiene de calzarse el traje de fiesta para danzar con los recuerdos de Galadriel! Este experimento será su mayor aproximación a la desnudez en la intemperie bajo cero, aprovechando la noche de vigilia que le aguarda.

\*\*\*

—Imagina andar desnudo por los glaciares del Antártico, como un abominable y postmoderno sujeto de las nieves —observó el holograma de Olegario Castro, retrepado en la butaca de mando de la nave que surca sobre un pálido amanecer de la hoya de Quito, que viene empatado con las volutas de